

MÉTODOS ARCHIVÍSTICOS

DAVID BEARMAN

Traducció al castellà del "Archives and Museums Informatics technical Report", nº 9 (Pittsburg, 1989). realitzada per Juan Pablo Pérez Pérez.

Nota de Traducció: este informe és molt més extens que la part ací traduïda que se limita a la introducció, capítols 1 i 6 del mateix, s'ha optat per eliminar els capítols 2 a 5 per fer referència a altres funcionalitats arxivístiques que no són la valoració i selecció documental. L'original es troba disponible a:

http://www.archimuse.com/publishing/archival_methods

PREFACIO

Redacté estos ensayos originalmente a finales de la primavera y durante el verano de 1986 para darlos como pláticas en reuniones de sociedades profesionales y los revisé durante el Seminario para la Investigación de la Documentación Histórica Moderna de la *Bentley Historical Library*, Universidad de Michigan. Dado que se me concedió una beca de investigación para asistir al seminario de 1986, cofinanciado por la Fundación Andrew W. Mellon y por la Dotación Nacional para las Humanidades (NEH), pude documentarme con profundidad utilizando la literatura profesional. En ella descubrí que los defectos que había visto en las instituciones archivísticas americanas no eran principalmente consecuencia de la mala gestión, sino del hecho de que los mejores métodos de la profesión no eran adecuados para la tarea que tenían entre manos.

Desde 1986, no me he dedicado a esta investigación directamente y aún queda trabajo por hacer. He hablado sobre ello en público de vez en cuando, pero no he forzado a nadie (tampoco a mí mismo) a ocuparse de sus conclusiones. Cada vez he sentido más que ha sido una irresponsabilidad por mi parte y me alegro de sacarlo al escrutinio de la opinión pública en esta ocasión. En este proceso, he revisado substancialmente los primeros cuatro capítulos, pero esto no ha afectado ni a la estructura subyacente del argumento ni a sus conclusiones. Aunque a lo largo del texto he actualizado las referencias para reflejar la literatura reciente, las moderadas enmiendas y refinamientos de los métodos y prácticas archivísticos que se han propuesto en los últimos tres años no me han obligado a revisar sustancialmente mis premisas.

La primera parte aborda una de las cuatro actividades principales que comprende la gestión de un documento físico: seleccionar el documento apropiado a partir del gran volumen de testimonios, (las tres restantes son preservar ese documento del paso del tiempo, describir el documento archivado y facilitar el acceso y el uso del mismo). Me pregunto si nuestros métodos actuales se adecuan a cada una de estas actividades y, si no es así, cómo se pueden ajustar a las limitaciones prácticas a las que se enfrentan los almacenes de cultura. De principio a fin, mi audiencia son los profesionales, pero no sólo aquellos que trabajan en los depósitos llamados archivos. Incluyo en ella a los directores de los museos, a los bibliotecarios y a aquellos que dedican sus esfuerzos a preservar el legado cultural y a hacerlo accesible a las futuras generaciones y que tan frecuentemente son responsables de materiales archivísticos.

El capítulo final vuelve a los temas de la introducción para considerar el papel del archivero y la naturaleza de la misión archivística y para proponer nuevas visiones de ambos basándose en ideas de los capítulos intermedios.

Más importante aún que el generoso apoyo financiero que recibí de la Fundación Mellon y de la NEH, fue el apoyo intelectual de Francis Bluin y de Bill Wallach, de la Bentley Library, y de mis colegas del Seminario de 1986, Chris Baer, Greg Bradsher, Judy Endelman, Avra Michelson y Peter Sigmond, quienes leyeron los borradores de estos textos y los debatieron conmigo y me estimularon con su propia investigación durante aquel verano. Además, agradezco a Helen Samuels y Ed Briges que leyeran y evaluaran los borradores en 1986, y a Richard Cox, que los leyera en 1989. Finalmente, estos borradores han mejorado mucho gracias a la esmerada edición de Lynn Cox, director editorial del Informe Técnico sobre Archivos e Informática Museística, sin cuya ayuda no se habrían publicado.

INTRODUCCIÓN: LA MISIÓN ARCHIVÍSTICA

Desde siempre, es distintivo de todas las sociedades humanas el hecho de que busquen preservar el recuerdo del pasado. De hecho, la conservación y el uso del pasado es algo fundamental en nuestro concepto de culturas humanas y de civilizaciones.

En la cultura oral de las sociedades no cultas, en las fábulas y mitos contados y modificados a lo largo de los siglos, nos encanta descubrir una fuente de verdades fundamentales sobre los temas que nos hacen esencialmente humanos. Este legado de acontecimientos apócrifos, que refleja hechos históricos pero que no está completamente ligado a ellos, es una destilación de un testimonio vivo en un cierto período de tiempo. La integridad temática y el tamaño del documento histórico hicieron posible que una única mente humana lo comprendiera por completo y se lo relatase a la siguiente generación en los contextos apropiados.

La llegada de la cultura supuso un nuevo problema para las sociedades humanas, pues al congelar el recuerdo de una cultura en formatos materiales, al crear un legado escrito o registrado que se resiste a la transformación, el hombre se provea de un pasado objetivado que se opone al presente de una forma como nunca lo hizo la tradición oral, tan cambiante y elástica. Como las sociedades fueron capaces de

extenderse más en el espacio y en el tiempo mediante la escritura y, posteriormente, mediante la grabación de audio y video que mediante el documento oral, “la tecnología de la comunicación conservada” ha permitido el desarrollo de un repertorio cultural con más matices². Así, ha creado un mundo tan complejo que probablemente ningún individuo pueda dominarlo todo. Recientemente, la documentación sobre las actividades humanas ha crecido tanto que ningún individuo puede siquiera saber dónde encontrarlo todo. Se han creado en el mundo unas funciones especiales para asegurar la interpretación, conservación y transmisión de la cultura y las instituciones específicas necesarias para apoyarlas.

Los archivos, las sociedades históricas, las bibliotecas y los museos son las instituciones que nuestra sociedad ha creado para desempeñar la función de seleccionar, conservar y facilitar el acceso a los documentos creados por nuestra cultura. Estos guardianes profesionales de los documentos culturales no son sólo custodios, sino modeladores del legado cultural hasta un grado mucho mayor de lo que la sociedad admite. Esto es cierto en primer lugar porque los archivos y los museos no están en situación de adquirir una documentación completa sobre nuestra cultura (aunque las bibliotecas podrían, en conjunto, adquirir un registro casi completo de todo lo publicado en nuestra sociedad). Pero también es cierto por una razón aún más importante: todas las peticiones, todos los esquemas conceptuales, todos los medios por los que el hombre llega a nombrar su realidad son reflejos de su cultura. Consecuentemente, como Adán al poner nombre a todas las criaturas de la tierra, elaboran nuestro universo conceptual y constituyen al mismo tiempo nuestro legado histórico y la documentación de dicho legado. El primer y más importante reto de los archivos es seleccionar los documentos apropiados para dar forma a ese legado.

La documentación sobre la cultura se archiva y se modifica continuamente. En la sociedad, grupos diferentes la archivan con una frecuencia diferente y en épocas diferentes de la vida cultural reflejando así las necesidades sociales, económicas, culturales y políticas de dicha sociedad. Esta documentación también está sujeta a distintas velocidades de erosión debido a las propiedades del medio físico en el que esté registrada, al cuidado que se le haya prestado en la subcultura que la ha creado

² GOODY, Jack y WATT, Ian, “The Consequences of Literacy”, en *Literacy in Traditional Societies*. New York, 1968. Estoy en deuda con este artículo por señalar que “esta forma de discurso se puede transmitir en el espacio y conservarse a través del tiempo”, que “las posibilidades administrativas del papel son mayores que las de la piedra o el barro cocido” y por muchas otras formas enormemente sugerentes de entender la conservación del conocimiento.

y a la necesidad que tiene la cultura de la información particular que contiene. Los archiveros viven con la certeza de que todas las actividades de nuestra sociedad dejan algún recuerdo documentado y de que estos recuerdos desaparecerán con el tiempo sin una intervención conservadora. Actualmente, no existe ninguna tecnología que detenga de forma permanente esos procesos naturales de erosión que deterioran al menos una minúscula parte de los documentos que se guardan en los archivos. Así, el segundo reto de la profesión archivística es preservar unos documentos (necesariamente sólo una parte del total) y así formar el recuerdo de nuestra sociedad.

Últimamente, se espera que los archiveros faciliten el acceso a todo aquello que se guarda mientras pueda ser usado. El recuerdo de la sociedad no es una documentación muerta, sino una herramienta para la continua reinvencción de la cultura. El documento es la semilla de una cultura en desarrollo, es la fuente de identificación de los individuos con el Estado y con su sociedad. El documento también especifica las obligaciones de los individuos con el Estado y con la sociedad y la responsabilidad de las instituciones sociales con los individuos. En la necesidad inmediata que tiene una cultura de su propio recuerdo se encuentra el tercer gran reto de la profesión archivística: asegurar el uso del legado cultural en la continua construcción de la cultura.

Finalmente, de la misma forma que la cultura ha crecido más allá del recuerdo del individuo, así han crecido sus archivos individuales. Éstos ya son demasiado grandes como para que los individuos sirvan como guías de los materiales que allí se encuentran. Nuestros archivos amenazan ya con convertirse en meros almacenes, burlándose de nosotros como monumentos a nuestra capacidad de producir documentos, porque somos incapaces de dirigir a los usuarios potenciales a la información que buscan. Y lo que es más, la información que contienen los ficheros y las ayudas de búsqueda diseñadas para facilitar la tarea de los investigadores en cada archivo particular deben integrarse finalmente en fuentes de referencia de provincias, estados, países y de todo el mundo. Se deben desarrollar medios de identificación que no necesiten de más recursos de los que la sociedad esté dispuesta a costear. Las soluciones a los problemas del acceso intelectual o del acceso al significado son mucho más complejas que aquellas que se refieren a la tecnología necesaria para ese acceso, pero tenemos que abordarlas si queremos que los archivos culturales que estamos construyendo cumplan sus propósitos.

La tarea heroica de los archiveros consiste en superar el crecimiento casi logarítmico (aunque presumiblemente no inevitable) del volumen de los documentos históricos e invertir los efectos del deterioro físico para ser capaces de crear una visión imparcial del pasado mediante el uso de cualquier documento representativo del legado cultural. Estos ensayos examinan la tarea de los archiveros de los Estados Unidos de América, que aceptan como un hecho que la valoración del alcance es uno de los retos que plantea la Archivística, documentándose con la literatura profesional y el análisis de los mejores métodos para gestionar los documentos propuestos por la profesión. Aunque el problema en Estados Unidos probablemente no sea diferente al del resto de los países desarrollados, estos ensayos han quedado limitados por la necesidad de centrarse en un marco específico para que los datos que estiman la magnitud de un problema específico se puedan utilizar para evaluar las debilidades de un grupo profesional.

Cuestionar la sabiduría recibida es un medio moderno para buscar nuevos métodos. Los antropólogos nos aseguran que esto es un producto de la sociedad alfabetizada, de una sociedad que produce documentos, y que no puede, por tanto, “descartar, absorber o transmutar el pasado” mediante el “proceso homeostático de olvidar o transformar esas partes de la tradición que dejan de ser necesarias o relevantes”. Los archiveros deben pensar, a la vez que cuestionan las aproximaciones que ellos mismos han recibido, que el producto de su actividad profesional es extremadamente subversivo para la sociedad en la que viven, no simplemente por la razón obvia de su consciente manipulabilidad, examinada en 1984, de George Orwell, sino porque la misma naturaleza del conocimiento documentado es culturalmente molesta. Como Jack Goody y Ian Watt pusieron en su extraordinario examen *Consequences of Literacy*, los miembros de las sociedades cultas “se encuentran permanentemente con versiones documentadas de creencias del pasado y, puesto que el pasado se aparta así del presente, se hace posible la investigación histórica. A su vez, esto fomenta el escepticismo, no sólo acerca del pasado legendario, sino acerca de las ideas recibidas sobre la totalidad del universo”³.

Estos ensayos, como todo discurso erudito y profesional, son justamente una manifestación de tal escepticismo. ¿Por qué si no los archiveros se sienten obligados a cuestionarse su papel de modeladores, guardianes y transmisores de la cultura? ¿Cuál es nuestro objetivo fundamental? Lo que pretendemos hacer, ¿es algo

³ GOODY, Jack y WATT, Ian, “The Consequences of Literacy”, en *Literacy in Traditional Societies*. New York, 1968.

deseable? ¿Es posible? Si debemos seleccionar documentos de entre todos los que nuestra sociedad produce en todas sus actividades, ¿qué criterios hemos de utilizar para determinar cuáles guardar? ¿Qué métodos debemos usar para identificar y medir esta información documentada de nuestra cultura según esos criterios? ¿Qué beneficios tendrá la sociedad si lo hacemos bien y qué riesgos si lo hacemos mal? Nuestras expectativas de preservar la información documentada, ¿van en contra de los estragos del tiempo? Los medios disponibles actualmente ¿son adecuados para hacer creíble el éxito de este esfuerzo? ¿Son al menos suficientemente adecuados para que sintamos que estamos siendo responsables, profesionalmente hablando, al utilizarlos? Finalmente, si conseguimos seleccionar un documento y guardarlo, ¿a cuántas personas podremos facilitarles el acceso al mismo? ¿Cómo conseguirán interpretar y utilizar el recuerdo de nuestra sociedad? ¿Cómo podemos transmitir a los futuros usuarios la naturaleza del documento que hemos guardado de la forma más eficaz posible?

Estas cuestiones, por supuesto, no son nuevas. Un presidente de la SAA trató con su audiencia sobre muchas de ellas⁴. Pero creo que la perspectiva que quiero introducir para responderlas no se ha aplicado de forma rigurosa a los problemas de los archivos. Dicho de forma sencilla, plantearé dos cuestiones fundamentales sobre cada uno de los principales objetivos del reto archivístico y sobre las teorías y métodos actuales.

Asumiendo que nuestros mejores métodos tuviesen éxito en todos sentidos, ¿hasta qué punto alcanzaríamos los retos que nosotros mismos hemos identificado? Si los métodos actuales no lograsen nuestros objetivos, ¿cómo se podrían redefinir los primeros o los últimos para que se pudiesen lograr dichos objetivos?

Estos ensayos intentan cuantificar, siempre que sea posible, la magnitud de la tarea archivística en la América actual y las capacidades de la profesión archivística americana, dados sus métodos y recursos actuales.

A causa de la naturaleza de los problemas que tratan dichos ensayos, la comparación entre la magnitud de las tareas y la de nuestras capacidades revela a menudo discrepancias substanciales. En cada capítulo, he encontrado que el déficit entre las necesidades documentadas y los métodos probados es mayor que un orden

⁴ BRICHFORD, Maynard, "Seven Sinful Thoughts", en *American Archivist*, 43(Winter,1980), pp. 13-16.

de magnitud (un factor de diez). El concepto de "orden de magnitud" es fundamental para estos ensayos y, por ello, los lectores merecen un breve recordatorio de su significado. Un orden de magnitud es un factor de diez: 10 al cuadrado (100) es un orden de magnitud mayor que 10 a la primera potencia (10). Aunque, a lo largo de nuestra vida, podemos encontrarnos con personas muy diferentes en altura y anchura, todos medirán entre 0,1 y 9,9 veces 10 pulgadas de alto; de hecho, estarán entre 3 y 8 veces 10 pulgadas. Si supiésemos de alguien con un orden de magnitud más grande o más pequeño, diríamos que no es una persona, sino parte de una especie completamente diferente. Del mismo modo, aunque podemos esforzarnos para mejorar cualquier método humano en un porcentaje importante mediante el minucioso estudio de sus mecanismos y el ajuste de su aplicación, la mejoría de nuestros métodos rara vez llega a ser del 100% (meramente doblar la producción). La mejoría de los métodos humanos en orden de magnitud (1000% por cada orden de magnitud) no es posible a menos que se apliquen tácticas, tecnologías u objetivos esencialmente nuevos.

Por ello, cuando estos ensayos descubren una y otra vez que los archiveros mismos han documentado discrepancias en orden de magnitud (y aún mayores) entre nuestros planteamientos y nuestros objetivos, abogan por una nueva definición de los problemas, los objetivos, los métodos o las tecnologías adecuadas para la labor archivística. A este respecto, estos ensayos difieren de la mayoría de estudios oficiales e informes de los profesionales que descubren estas discrepancias, pero que, con demasiada frecuencia, sólo piden más recursos. Espero que mediante un profundo examen de nuestros métodos y la búsqueda de soluciones a través de cambios en las premisas y las técnicas archivísticas, estos ensayos puedan hacer una buena contribución a la profesión.

CAPÍTULO I. SELECCIÓN Y VALORACIÓN

EL PROBLEMA

El primer reto al que se enfrentan los archivistas es seleccionar el documento archivístico de nuestra sociedad. La importancia de esta función, denominada valoración en la jerga de la materia, se reconoce debidamente en la profesión. En la serie de Manuales Básicos de la Sociedad de Archivistas Americanos (SAA), Maynard Brichford se refiere a ella como "la función archivística más importante"

y cita a Marcel Baudot, quien la caracterizó como la “*sine qua non* de toda práctica archivística razonable”⁵. La identificación y conservación de documentos de valor duradero fue el primero de los tres objetivos expresados por el Informe de la Sociedad de Archivistas Americanos de 1986, *Task Force on Goals and Priorities*⁶.

Las propiedades de los documentos culturales que plantean retos a nuestros métodos son muy numerosas. Estos métodos deben adaptarse de alguna forma al hecho de que la actividad generada por los documentos está dispersa mientras que la valoración de los mismos está localizada, y que la producción de documentos está bajo el control de individuos autónomos, mientras que la valoración de los documentos se realiza de forma institucional y, generalmente, centralizada. Nuestros métodos deben ser sensibles ante el hecho de que la actividad cultural toma formas diversas aunque su documentación esté limitada por la tecnología del momento. Así mismo, deben reconocer que mientras la actividad cultural tiene un propósito, los documentos de dicha actividad son simplemente un producto derivado. De igual modo que la creación de documentos y la actividad cultural están limitadas por el tiempo, los documentos se guardan para superar las consecuencias de su paso. Finalmente, nuestros métodos deben permitirnos gestionar un volumen de información documentada casi inimaginable, del que sólo una mínima fracción se puede guardar en los archivos.

Disponemos de escasos recursos para abordar estos retos. Una encuesta reciente ha mostrado que los archivos tienen un presupuesto anual medio de 82.000 dólares, de los cuales más del 75% se destinan a una plantilla de 3.500 profesionales y no profesionales⁷. El gasto total anual de todos los archivos estudiados no superaba los 100 millones de dólares que se destinan a los Archivos Nacionales. Extrapolar los resultados de la encuesta a toda la comunidad archivística es un riesgo, pero si estimamos que el presupuesto de todos los archivos de los Estados Unidos es inferior a 500 millones de dólares, seguro que nuestra estimación queda por encima. El presupuesto de todos los archivos del Estado es inferior a 20 millones⁸.

⁵ BRICHFORD, Maynard J. *Archives and Manuscripts: Appraisal and Accessioning*. Chicago, 1977.

⁶ SAA *Task for Force on Goals and Priorities, Planning for the Archival Profession*. Chicago, 1986. También fue interesante el enfoque de las dos primeras recomendaciones de la Comisión de Museos para un Nuevo Siglo en 1984. Vid. COMMISSION ON MUSEUMS FOR A NEW CENTURY. *Museums for a New Century*. Washington. 1984.

⁷ CONWAY, Paul, “Perspectives on Archival Resources: The 1985 Census of Archival Institutions”, en *American Archivist*, 50 (Spring, 1987), pp. 174-191.

⁸ LOWELL, Howard, *Preservation Needs in State Archives*. Albany, NY, 1986.

Si examinamos la gestión de los documentos en los archivos, descubriremos que la gran mayoría de los archivos existentes sólo están equipados para conservar documentos en papel o película, es decir, con textos e imágenes. La tenencia de todos los archivos del país probablemente no supere los 3,3 millones de metros cúbicos de texto en papel y una cantidad trivial de documentos de televisión y radio y otros documentos legibles en imagen y por ordenador. Aún así la documentación de la sociedad moderna es muy amplia. Se crea como consecuencia de toda actividad humana, institucional o individualmente.

El censo más reciente desveló que hay 4.000 archivos⁹. Incluso si admitimos que más de la mitad de todos ellos, de alguna forma, no han entrado en el mismo y asumimos que habrá unos 10.000 archivos en los Estados Unidos, nos impresiona la disparidad que hay entre esta cifra y los 3 millones de empresas (más de medio millón de las cuales declara más de un millón de dólares de ingresos al año) y 83.000 entidades gubernamentales que hay en nuestra nación en la actualidad¹⁰. Las organizaciones que podrían tener archivos y que querrían documentar los archiveros en circunstancias normales incluyen más de 50.000 bancos, 20.000 estaciones de radio, televisión y televisión por cable, 6.800 hospitales y 3.300 universidades. Hay más de 25.000 asociaciones registradas en la edición de 1988 del Directorio de Asociaciones¹¹. Obviamente, los documentos se crean en muchas más instituciones de las que tienen programas de conservación o de las que valoran documentos y el centro fundamental de todos los programas archivísticos son los documentos creados por sus propias instituciones.

La documentación sobre nuestra sociedad se encuentra en todos los medios y en todos los formatos. Basándonos en la 108ª edición del Resumen Estadístico de los Estados Unidos, sabemos que los americanos consumen 4.500.000 toneladas de papel para escritura cada año, lo que se traduce en unos 1,5 billones de metros cúbicos de documentos en papel. Se pueden almacenar más de cien mil gigabytes (cada uno equivale a un millón de bytes) en los 425 millones de disquetes nuevos

⁹ NATIONAL HISTORICAL PUBLICATIONS AND RECORDS COMMISSION. *Directory of Archives and Manuscript Repositories in the United States*. Phoenix, 1988.

¹⁰ Esta cifra y otros datos que se citan en el artículo sin identificación de otras fuentes se derivan de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, *Statistical Abstract of the United States*. 108ª ed. Washington, 1988. Vid. también el trabajo de MACHLUP, Fritz, *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*. Princeton, 1962. Así mismo, vid. RUBIN, Michael Rogers, *Information Economics and Policy in the United States*. Littleton, 1983.

¹¹ *Directory of Associations*. New York, 1988.

que se venden cada año, por no hablar de la cantidad, aún mayor, de cintas magnéticas, CD-ROMs y discos duros. La programación televisiva abarca docenas de canales durante 24 horas al día y 365 días al año. Así mismo, anualmente se venden en los Estados Unidos 192 millones de cintas de video vírgenes (lo que supone más de 500.000 horas de grabación) y 268 millones de cintas de audio. Los equipos fotográficos, en bienes y servicios, suponen una actividad económica anual de 10.800 millones de dólares. Esto se traduce en cientos de millones de fotografías, rayos X y otros cientos de miles de imágenes que se dibujan, se pintan o se producen de cualquier otra forma y que crean un ingente archivo que contribuye a la documentación material de nuestra sociedad.

¡En los Estados Unidos se establecen cada día 240 millones de conversaciones telefónicas! (mientras que en 1970 eran tan sólo 109 millones de llamadas diarias). Nuestra documentación sobre estas conversaciones se limita a los contenidos provisionales de 10 millones de contestadores automáticos, de mensajes telefónicos escritos y de *memoranda* de conversaciones, pero este archivo está a punto de aumentar drásticamente mediante un registro digitalizado de dimensiones casi inimaginables de billones de conversaciones telefónicas llevadas a cabo en la red digital de comunicaciones de los 90. ¿Querremos almacenar parte de esta documentación que eclipsa los 76 millones y medio de envíos por correo que realiza la Oficina de Correos cada año?

Dado que todos generamos este vasto archivo de interacciones en el contexto de toda actividad, su almacenamiento durante minutos, horas, o incluso años y siglos, está en manos de cada uno de estos agentes. Los documentos se generan en los hogares, las escuelas, las oficinas, las editoriales, los estudios de música o televisión y las agencias de publicidad. Son documentos de audio, vídeo y texto que se encuentran en cintas, películas y papel y que se almacenan en cajas que llenan armarios, tomos, libros de recortes y fonotecas.

A diferencia de las bibliotecas, que tienen una cantidad finita y conocida de información publicada para guardar (hay unas 3.000 editoriales de publicaciones periódicas y 2.000 editoriales de libros en los Estados Unidos, por ejemplo) y que pueden determinar qué parte de esa literatura necesita adquirir cada una en función de sus objetivos de almacenamiento que apoyan las necesidades locales y los programas establecidos a escala nacional para compartir recursos, los archivos se enfrentan a una documentación de la actividad humana de dimensiones y

significación inconocibles. ¿Cómo se adecuan nuestros métodos para dar forma a este legado? ¿Cómo ayudan éstos a las necesidades locales y sociales? ¿Son efectivos para asegurar el mejor uso de nuestros recursos de forma que nuestra atención se centre en los documentos importantes? Si la conservación se llevase a cabo de forma perfecta con los recursos existentes, ¿cómo satisfarían las necesidades del futuro?

La gran cantidad de documentos que se acumula anualmente y la variedad de las fuentes que los crean impiden a los archiveros, incluso colectivamente, llegar a contactar con todos ellos, pues tan sólo llegan a un mínimo porcentaje de los mismos. De hecho, no disponemos de estadísticas fiables sobre la cantidad de documentos ofrecidos a los archivos o valorados por ellos cada año, pero no cabe duda de que están almacenados en armarios, sótanos y almacenes más documentos (en cientos de veces) de los que se ofrecieron a los archivos durante el siglo XX. Si de algún modo los archiveros lo pudiesen revisar todo, ¿cuánta mano de obra sería necesaria para valorarlo utilizando las aproximaciones actuales?

MÉTODOS ARCHIVÍSTICOS

Las organizaciones creadoras de documentos pueden guardarlos bien porque la ley así lo requiera, o bien porque la organización necesite la información que contienen para proseguir con sus operaciones, pero si no es así y la organización decide guardarlos, está aplicando criterios archivísticos. El concepto de que algunos documentos tienen un valor permanente como testimonios históricos y de que este valor es un producto de la valoración por separado de su valor informativo y documental es fundamental para la valoración archivística¹². El valor testimonial es la propiedad de los documentos de dejar constancia de la organización, funciones, políticas, decisiones, procedimientos, operaciones y otras actividades o acontecimientos importantes para un organismo. Para los archivos tradicionales, cuya misión es garantizar la responsabilidad organizacional, el valor testimonial es la principal razón para guardar documentos más allá de su período de utilidad administrativa o vida "activa". El valor informativo es el valor de los contenidos del documento para un análisis futuro. Mientras que el valor informativo es un asunto secundario para los archivos institucionales, las bibliotecas de manuscritos y de colecciones especiales buscan primero el valor informativo o de investigación en lo que ellas denominan "archivos". Los archivos gubernamentales tradicionales pueden guardar los documentos de valor informativo, como los censos, pero

¹² SCHELLENBERG, Theodore, "The Appraisal of Modern Public Records", en *NARS Bulletin*, 8, 1956.

considerarán una negligencia no tener documentos testimoniales, en este caso, de cómo se organizó y gestionó el censo y de cómo se recopilaron los datos (además de los mismos datos).

El concepto de los valores como criterios para guiar a los archiveros en la selección de los documentos de su organización que merecen ser archivados se lleva generalmente a la práctica como una especie de batería u organigrama de preguntas que deberían formularse ante una adquisición potencial antes de incorporarla. A pesar de la extensa lista de cualidades que contiene cada uno de los criterios que se pueden encontrar en algunos planteamientos exhaustivos¹³, la teoría de los valores tiene serios defectos como herramienta para tomar decisiones sobre valoración dentro de una institución y es peor aún para ayudar a tomar decisiones de valoración más importantes.

Dentro de las instituciones, estos fallos se derivan de premisas conflictivas sobre “valor”, exacerbados por el hecho de que los archiveros llaman “valoración” al proceso de seleccionar documentos para su almacenamiento, enfatizando así el análisis de costes y beneficios que está implícito. En teoría, los costes institucionales del almacenamiento de documentos se contraponen al beneficio que su conservación supone para la sociedad. Unos primeros estudios sobre la teoría de la valoración en los Estados Unidos hicieron explícito el aspecto de la contabilidad del coste de las decisiones de valoración¹⁴, pero, en modelos posteriores, los costes han estado presentes como un ingrediente menor de las políticas institucionales, si es que han estado¹⁵. De cualquier modo, los archiveros juegan con desventaja a la hora de abogar, en una institución, por los beneficios que se le supone a su actividad para la sociedad.

La metodología de coste-beneficio no es utilizable cuando una parte de la ecuación no se puede calcular y la otra es infinita, como sucede cuando se valoran documentos para su conservación permanente. El coste de guardar algo permanentemente es infinito. El valor de cualquier conservación continua se basa en argumentos hipotéticos y contrarios a la historia. En tal situación, ninguna justificación coste-beneficio puede sobrevivir mucho tiempo al examen de unos

¹³ BAUER, G. Philip, “The Appraisal of Current and Recent Records”, en *The National Archives Staff Information*, 13 (junio, 1946), pp. 1-22.

¹⁴ BOLES, Frank y YOUNG, Julia Marks, “Exploring the Black Box: The Appraisal of University Administrative Records”, en *American Archivist*, 48 (Spring, 1985), pp. 121-140.

¹⁵ BOLES, Frank, “Mix Two Parts Interest to One Part Information and Appraise Until Done: Understanding Contemporary Record Selection”. en *American Archivist*, 50 (Summer, 1987), pp. 356-368.

gestores serios, y si hay algo que deba archivar, el archivero se encuentra cualificando la parte de los costes de la ecuación hasta que, con el tiempo, el hipotético beneficio proporcione una justificación adecuada para su conservación.

Para ganarse el respeto de sus colegas gestores y para comenzar a construir una práctica de valoración viable, los archiveros necesitan sustituir la terminología y métodos de la gestión de riesgos por el análisis de costes y beneficios. En lugar de preguntar qué beneficios se derivarán de la conservación de documentos, debieran insistir en la probabilidad de incurrir en riesgos inaceptables como consecuencia del desprenderse de documentos. Esto probablemente reduciría drásticamente el volumen de documentos que se estiman indispensables. Así mismo, sugiere un acercamiento a la solución del segundo dilema de nuestros métodos de valoración actuales: su atención a los documentos, no a la actividad que documentan.

La escasa mano de obra es la limitación práctica de la valoración que se lleva a cabo en la actualidad. Aunque carecemos de datos para establecer qué plantilla se necesita dedicar a la valoración, en circunstancias normales, en un mismo archivo, sí disponemos de algunas medidas fiables obtenidas por cuatro estudios cuidadosamente supervisados sobre los esfuerzos de valoración en masa: dos del Gobierno Federal, uno del sistema público de justicia y uno llevado a cabo en un proyecto de colaboración entre archivos privados que se dedicaban a valorar los documentos de la ya disuelta *Pennsylvania Railroad Corporation*¹⁶.

¹⁶ BRADSHER, Greg. Hizo circular informalmente un ensayo sobre el proceso de valoración de los Archivos Nacionales del FBI. *NEH/Mellon Seminar in Modern Archives* (Summer, 1986). NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION. OFFICE OF RECORDS ADMINISTRATION. *Appraisal of Department of Justice Litigation Case Files. Final Report*. Washington, 1989. HINDUS, Michael S.; HAMMETT, Theodore M. y HOBSON, Barbara, *The Files of The Massachusetts Superior Court, 1859-1959: An Analysis and a Plan for Action, A Report of the Massachusetts Judicial Records Committee of the Supreme Judicial Court*. Boston, 1979. BAER, Christopher T., *Documenting Strategy and Structure: A Chandlerian Conceptual Model for Appraising the Penn Central Archive*. Ponencia presentada en el Encuentro Anual de la Sociedad de Archiveros Americanos.

En la valoración de los archivos del FBI por parte de los Archivos Nacionales, en la valoración de los historiales de la *Penn Central Rail Corporation* por un equipo de la Fundación Hagley y en la valoración de los documentos de la Corte de Massachusetts, la relación de años-hombre con respecto a los documentos ha sido de 30/320.000, 8/60.000 y 5/35.000 o 1:10.830, 1:7.000. Si examinamos los tres proyectos en relación con los documentos conservados, la relación años-hombre y documentos conservados es 30:50.000, 8:10.000 y 5:8.000 o 1:1.666, 1:1.250 y 1:1.600, cifras extremadamente similares.

Baer anunció informalmente que los 20.000 metros de historiales valorados formaban parte de un archivo mayor, de unos 108.000 metros de documentos rutinarios. Bradsher comunicó que los 105.000

Cada uno de estos proyectos empleó un equipo de archiveros dedicados a la valoración y que usaban unas metodologías de muestreo para garantizar la conservación de los documentos adecuados. Los resultados fueron sorprendentemente consistentes con relación a la cantidad de personal dedicado a estas tareas y a la cantidad de documentos valorados y archivados. Un archivero a tiempo completo era responsable de la valoración de unos 3.300 metros de documentos cada año. Cada uno de los miembros de la plantilla dio cuenta de una media de 530 metros de documentos conservados como consecuencia de su valoración. Tales cifras indican que la necesidad total para valorar la herencia documental de la nación desborda ampliamente los recursos disponibles.

En una relación de 3.300 metros cúbicos de documentos valorados por una persona cada año, a un hombre le llevaría 450.000 años revisar los 1,5 millones de metros cúbicos de documentos que se producen anualmente en los Estados Unidos, por no hablar de los datos legibles por máquina, imágenes, documentos de audio, de video y en otros soportes. Con 1:530 metros conservados, la profesión archivística en Estados Unidos, cuyas cifras ascienden como mucho al equivalente a 1.000 profesionales dedicados a la valoración a tiempo completo, decidiría conservar 0,5 de los 3,3 millones de metros que podría valorar cada año. En otras palabras, los archiveros que utilizan sofisticados métodos de valoración basados en muestreos podrían valorar el 0,20% de la documentación anual y decidirían conservar el 0,035%. ¡La entrada que valorarían se quedaría corta en tres órdenes de magnitud con respecto a lo que se debe valorar, mientras que su salida o producción aún sería un orden de magnitud mayor de lo que se ha conservado hasta la fecha!

Los esfuerzos de valoración antes mencionados reunieron equipos de archiveros cuya experiencia se sitúa por encima de la que la mayoría de los archivos puede presentar, y les proporcionaron herramientas, especialmente las estadísticas, que están mucho mejor elaboradas que aquellas que emplean la mayoría de los archiveros. Por ello, la extrapolación de los resultados de estos esfuerzos sistemáticos al conjunto del país es aún más desalentadora de lo que sugieren los meros datos. Estos proyectos se dirigieron a entresacar series de documentos medidas en decenas de miles de metros de manera que cada decisión de valoración afectaba a una ingente cantidad de material. Quizás archiveros más eficaces podrían

metros de documentos del FBI eran parte de unos 200.000 metros de documentos revisados por el equipo de valoración, ¡incluidas 220.000.000 fichas que servían de índices de los documentos!

tener la esperanza de llegar a valorar, sin una movilización a escala nacional, entre 600.000 y 1,2 millones de metros de documentos al año y decidir conservar 60.000 metros. Esto podría verse como una evidencia externa de la situación actual.

Nuestros métodos tradicionales no sólo no nos permitirán valorar una cantidad plausible de documentos de nuestra sociedad, sino que si empleásemos métodos que se aproximasen a la sofisticación de los utilizados en estos enormes proyectos de valoración, que podían servirse de la ayuda de muestreos estadísticos y de grupos de expertos para la toma de decisiones, aparentemente decidiríamos conservar entre el 15 y el 25% de los documentos valorados. Para apreciar lo que esto significaría, los archiveros sólo necesitan considerar su creencia generalizada en que seleccionan sólo entre el 1 y el 3% de los documentos para conservarlos, creencia basada en cálculos como los de Greg Bradsher, que compara la cantidad de lo custodiado (en este caso medio millón de metros de documentos en los Archivos Nacionales) con el universo de documentos creados por la institución (en este caso 8 millones de metros de documentos creados por el Gobierno Federal durante los 140 años anteriores a 1940 y la gran cantidad de millones creados desde esta fecha)¹⁷.

¿Es correcto conservar entre el 15 y el 25%? Esta pregunta nos lleva a otro problema fundamental en el concepto de valores en la valoración. La teoría de los "valores diferenciales" ha proporcionado al archivero profesional una base sobre la que dar forma al pasado, pero no ha hecho nada por aclarar el objetivo de su esfuerzo. Esto no sólo no hace de los valores una herramienta contundente, sino que además nos deja sin posibilidades de evaluar su éxito. La teoría de la valoración, hasta hace poco, no ha llegado a preguntar qué clase de documento queremos conservar. La profesión no ha examinado críticamente los efectos de la aplicación de estos criterios, posiblemente, porque, hasta el momento, no se han expresado los objetivos culturales de la valoración archivística.

Podría parecer que los archiveros rara vez nos hemos formulado la pregunta teleológica porque, dentro del contexto moderno de lo manifiestamente democrático, hemos asumido que el propósito de la valoración es seleccionar un documento representativo¹⁸. El concepto de representatividad surge ciertamente

¹⁷ BRADSHER, James Gregory, "When One Percent Means a Lot: The Percentage of Permanent Records in the National Archives", en *OAH Newsletter* (mayo, 1985).

¹⁸ LABERGE, Daniel, "Information, Knowledge and Rights: The Preservation of Archives as a Political and Social Issue", en *Archivaria*, 25 (Winter, 1987-1988), pp. 44-50.

cuando tales objetivos se discuten, pero la profesión no se pone de acuerdo en si este registro pretende ser “representativo” de las actividades de los miembros de la sociedad o “representativo” de aquellos aspectos de la actividad social que los miembros de la sociedad del momento perciben como importantes para el entendimiento de la cultura. Pero la mayoría de los archiveros aplica criterios de valoración a los documentos, no a las actividades o procesos de política social y, por tanto asume que el objetivo es no dejar de ver el documento tal y como se recibe.

Entre los problemas prácticos que plantea cualquier proceso de valoración que toma la representatividad como objetivo, se encuentra la realidad de que la valoración se lleva a cabo en un contexto institucional aislado bien de un conocimiento significativo del “universo de la documentación”, bien de la actividad de los otros archivos en materia de valoración. Se han abordado estas cuestiones en unos recientes escritos sobre valoración, pero los impresionantes esfuerzos realizados para definir varios “universos” de documentación¹⁹ y para tomar decisiones sobre valoración conocidas en la comunidad profesional²⁰ aún tienen que traducirse en nuevos métodos. Por tanto, los archiveros aún se enfrentan al reto de optar por desarrollar un método de selección para la conservación archivística que discrimine con la eficacia suficiente para incrementar la productividad de la valoración en un orden de magnitud y reducir la cantidad de documentos conservados en un orden de magnitud o por volver a definir sus objetivos. Unos métodos mejores deberían permitirle al archivero, cuya capacidad de valoración se encuentre en la media, seleccionar materiales archivísticos de al menos unos 300.000 (frente a los 3.000 posibles ahora) metros cúbicos al año sin por ello perder efectividad. Tanto incrementar el tamaño de la profesión en una cantidad equivalente (en medio millón de profesionales) como aceptar una relevancia del 1% de los documentos conservados son alternativas irrealistas.

Recientemente, los que sugieren que la valoración no ha conseguido identificar un universo adecuado de documentos que valorar se han convertido en una voz poderosa en los círculos de archiveros de los Estados Unidos²¹. Han discutido

¹⁹ HASS, Joan K.; SAMUELS, Helen W. y SIMMONS, Barbara T., *Appraising the Records of Modern Science and Technology: A Guide*. Cambridge (Massachusetts), 1985. Vid. también su “The MIT appraisal Project and its Broader Implications”, en *American Archivist*, 49 (Summer, 1986), pp. 310-314.

²⁰ EVANS, Max, “The Visible Hand: Creating a Practical Mechanism for Cooperative Appraisal”, en *Midwest Archivist*, 11 (1986), pp. 7-13.

²¹ SAMUELS, Helen W., “Who Controls the Past”, en *American Archivist*, 49 (Spring, 1986), pp. 109-124. HACKMAN, Larry y WARNOW-BLEWETT, Joan, “The Documentation Strategy Process:

enérgicamente la corrección de valorar todos los archivos que llegan a nuestras manos y han acuñado el concepto de una estrategia de documentación concertada y cooperativa en vez de una valoración menos sistemática e institucional. No obstante, la aproximación a las estrategias de valoración falla en sí misma por la ausencia de metodologías con las que definir qué constituye el sujeto apropiado de una estrategia de documentación y por la excesiva necesidad de mano de obra para llevar a cabo dichas estrategias archivísticas coordinadas. El único estudio casuístico llevado a cabo hasta la fecha relata un esfuerzo de 25 años por parte de varios profesionales del Instituto Americano de Física (AIP) para definir y aplicar una estrategia documental centrada en la actividad de la Física moderna en colaboración con archiveros de distintas universidades e instituciones federales de investigación de todos los Estados Unidos²². Mientras que la mayoría está preparada para atribuir al esfuerzo de la AIP un éxito inmenso, nosotros debemos también estar listos para confesar que hay un gran número de actividades tan importantes para la sociedad contemporánea como la Física. ¿Cuántos esfuerzos de documentación como este pueden financiar los Estados Unidos y cuáles serían las consecuencias? Charlando con Helen Samuels sobre la estrategia a seguir en la documentación, me propuso "Route 128"²³, obra que se refiere al fenómeno de industrialización de la sociedad postindustrial del Boston suburbano y en la que la autora pregunta retóricamente si el declive de la industria bacaladera, el auge del turismo, la renovación del puerto de Boston, la comunidad de artes de Berkshires y docenas de otros fenómenos de Massachusetts no merecían también estrategias de documentación. Mientras todos los archiveros de Massachusetts planifican estas estrategias, ¿quién llevará a cabo estrategias de igual importancia a escala nacional e internacional?

El atractivo intelectual de la aproximación a las estrategias de documentación debiera ser que se centrara en la valoración de las actividades y funciones, no de los documentos.

Helen Samuels siempre ha enmarcado esta tarea en términos de valoración de

A Model and Case Study", en *American Archivist*, 50 (Winter, 1987), pp. 12-47. COX, Richard J y SAMUELS, Helen W., "The Archivist's First Responsibility: A Research Agenda to Improve the Identification and Retention of Records of Enduring Value", en *American Archivist*, 51 (Winter-Spring, 1988), pp. 28-42.

²² HACKMAN y WARNOW-BLEWETT. *The Documentation Strategy Process*.

²³ ALEXANDER, Philip N. y SAMUELS, Helen W., "The Roots of Route 128: A Hypothetical Documentation Strategy", en *American Archivist*, 50 (Fall, 1987), pp. 518-531.

funciones y actividades, no de documentos²⁴. Yo también sostengo que sólo seremos capaces de valorar mayores cantidades de documentos si centramos nuestros métodos de valoración en seleccionar lo que se debería documentar en lugar de qué documentos deberíamos conservar. Así mismo, debemos centrarnos en desarrollar tácticas para exigir a las oficinas que conserven los documentos relevantes, en lugar de intentar revisar lo que han conservado para localizar un documento relevante²⁵. Mientras que una mayor atención a la selección de funciones suscita la pregunta de cómo deben ayudar los archiveros en las actividades de documentación que no producen un legado documental (cuestión debatida con el pretexto de discusiones sobre el “valor” de la historia oral y el concepto de “adecuación de la documentación”), tiene la ventaja de permitirle al archivero que haga los juicios valorativos antes de que se creen los documentos y de proporcionar instrucciones explícitas con unos objetivos concretos. El archivero puede exigir que se guarde un documento de una actividad o acontecimiento puntual que sea adecuado para reconstruir qué sucedió y por qué, en vez de extensas Listas de Documentos Generales (General Records Schedules) basadas en características de los medios de comunicación y en tipos de series de documentos. En lugar de tomar muestras de documentos para determinar qué asuntos o casos se pueden descartar aunque sean representativos, el archivero puede exigir responsabilidades a los creadores de documentos que evitan riesgos institucionales documentando ciertas actividades.

Finalmente, acabamos por señalar que los archiveros deben reconocer que cualquier actividad de conservación, a menos que sea totalmente exhaustiva, es una actividad de selección y que la selección siempre implica manipular. Para evitar manipular demasiado el archivo, los archiveros han articulado nuevas aproximaciones basadas en estrategias de documentación y procedimientos de muestreo. Pero, si examinamos estas estrategias con detenimiento, vemos que están destinadas al fracaso por la falta de recursos. Irónicamente, sí descartamos el método preferido de intentar organizar la “representatividad”, no podemos aceptarla como un objetivo porque nuestros métodos de selección son totalmente inadecuados para esta cantidad de documentos disponibles, pues los procesos

²⁴ Esta aproximación también se reflejaría en la siguiente publicación de Samuels en la que documentaba *colleges* y universidades.

²⁵ BEARMAN, David, *Adequacy of Documentation as a Program, A Concept and a Goal*. Ponencia presentada en la Conferencia Anual de la National Association of State Archivists and Records Administrators (NASARA), 28 de julio de 1984.

aleatorios y accidentales fuera del ámbito de la preservación consciente de la cultura eclipsan el impacto de nuestra actividad.

En lo que se refiere a la supervivencia de los archivos, la ley de los promedios asegura la conservación de numerosos tipos de materiales sin una mayor atención por parte de los archivos. Consideremos, por ejemplo, el impacto acumulativo de los archiveros de Estados Unidos en el tamaño y características de la documentación sobre los años 80 que perdurará en 2080. Según nuestras cifras, el país ha creado en este decenio casi 30 millones de metros cúbicos de documentos además de 2 millones de horas de emisión televisiva, 9 millones de horas de emisión radiofónica, 50.000 terabytes de datos y un billón de fotografías. Los archiveros han valorado menos del 1% del total y han decidido conservar el 25% del papel y menos del 0,1% del resto. Si suponemos que todos los materiales guardados en los archivos se conservarán hasta 2080 y que los documentos no archivados sufren una pérdida y deterioro con una vida media de 25 años, aún quedarían 25 veces más documentos sobre nuestra época como resultado de su conservación aleatoria y accidental que en los archivos. Si suponemos que los medios magnéticos y fotográficos tienen una vida media de 10 años, habría 10 veces más medios fuera de los archivos que dentro. Y esto, por supuesto, suponiendo que no se conserven nuevos materiales en los archivos en el transcurso de los años que quedan.

Argumentaría que nuestros métodos de selección deben hacer algo más que reconocer el impacto de los actos de quienes no son archiveros, de la conservación por parte de otros archivos culturales (aunque sea un punto válido de las estrategias de documentación) y de la eliminación consciente y la destrucción física que conocemos. La valoración archivística debe, principalmente y en primer lugar, tomar en cuenta los efectos que tendrá la conservación aleatoria de los documentos durante los próximos cien años. Los archivos sólo deberían esforzarse por conseguir la representatividad de los documentos informales cuando haya razones fundadas para creer que los efectos de la conservación aleatoria no aseguran la supervivencia de una muestra históricamente válida.

CONCLUSIONES

Las aproximaciones a la valoración archivística que se basan en el concepto de los valores inherentes a los documentos fracasan como política de gestión racional,

porque crean la falsa impresión de estar basadas en el análisis de costes y beneficios.

Las aproximaciones a la valoración archivística que se basan en la evaluación o muestreo de documentos fracasan como medios prácticos para valorar las ingentes cantidades de documentos a las que nos enfrentamos los archiveros. Estas aproximaciones, especialmente las de muestreo, también conservan una proporción excesivamente grande de documentos, aproximadamente entre el 15 y el 25%, una cantidad inviable para extenderla a toda la sociedad. Se las debería sustituir por aproximaciones centradas en la valoración de las actividades generadoras de documentos y en la asignación y conservación de las responsabilidades de quienes llevan a cabo dichas actividades.

Las aproximaciones a la valoración archivística que se basan en intentar construir una documentación representativa de la cultura humana mediante la manipulación activa del documento archivístico fracasan al marcar los documentos que se guardarán durante los próximos cien años. Al mismo tiempo, distraen la atención del legítimo debate teleológico que obligaría a los archivos a definir su papel en la sociedad.

CAPÍTULO VI: LA MEMORIA CONSERVADA Y LA CONTINUIDAD CULTURAL

Las sociedades ricas de la humanidad, esas a las que llamamos civilizadas, establecieron papeles seculares especializados para los conservadores de la cultura²⁶. Originalmente, estos conservadores seculares de la cultura, los narradores y cronistas, no eran conservadores pasivos de la herencia cultural, sino que eran intérpretes y profesores en activo, responsables de unir el conocimiento del pasado a la época en la que vivían. Con el creciente alfabetismo y la introducción de la imprenta en el mundo moderno, se produce una bifurcación entre el papel que desempeñan los conservadores de la cultura y el que desempeñan los creadores de la cultura que, poco a poco, va siendo aceptada. Los bibliotecarios, archiveros y directores de museos fueron designados como los conservadores de la cultura, al tiempo que la función creativa de los creadores de la cultura pasó a manos de los arqueólogos, directores de cine y escritores.

²⁶ Este capítulo se presentó en un principio en el encuentro anual de la *Texas Library Association* de 1986. Según algunas referencias, el autor era en aquel momento Director Adjunto para la Dirección de Recursos de Información en la Institución Smithsonian.

Como conservadores, tendemos a aceptar la definición pasiva de nuestra función, una definición que nos permita actuar libre y neutralmente en una sociedad que cree en la verdad objetiva, una definición que es profesional porque es tecnocrática. Se dice que ninguno de los doce objetivos prioritarios establecidos por la *Task Force on Goals and Priorities* de la Sociedad de Archiveros Americanos (SAA) se encarga de la interpretación de los archivos de empresas, de los programas públicos para informar a los usuarios del material archivístico o de los servicios de referencia para los usuarios de los archivos, aunque se han detallado cuatro de los objetivos bajo el epígrafe de "Prioridades para la Disponibilidad y Uso de los Archivos de Valor Duradero". Nos decimos a nosotros mismos que la sociedad evalúa nuestros esfuerzos para que su contribución a las generaciones venideras sea equilibrado, pero sostendré que nuestro papel está más estrechamente ligado al de los narradores que rehacen el pasado y lo adecuan a nuestro tiempo. No es que simplemente seamos los conductos pasivos del conocimiento documentado; ni podemos ni debemos serlo. Hemos de ser nosotros los que otorguemos el valor a la contribución necesaria para la continuidad de la cultura, conectando el presente con el pasado más reciente, no mediante la conservación pasiva de las pruebas de un pasado lejano para el inmensurable beneficio de un futuro remoto.

Sin embargo, debemos preguntarnos si el futuro sabrá más de nosotros gracias a los esfuerzos de conservar y documentar tanto archivos culturales como conocimiento documentado. He exigido una respuesta a esta pregunta para justificar los colosales esfuerzos realizados por el Smithsonian para inventariar sus propiedades que superan los 125 millones de objetos, para evaluar las ofertas de las concesiones para los proyectos cuya misión será conservar miles y miles de metros cúbicos de archivos y millones y millones de bytes de datos con un considerable gasto humano y económico, y evaluar los métodos archivísticos y museísticos. En cada caso el argumento avanzado ha sido el de algún probable beneficio futuro. ¿Es posible que la tarea de recopilar un considerable número de documentos de la historia humana pueda ser útil en el futuro? ¿Es conveniente? Desde el punto de vista puramente teórico, ¿tiene algún valor intelectual? Recopilemos o no, el almacenamiento y la conservación de pruebas para el futuro es un proyecto viable, debemos preguntarnos si es un fundamento lo suficientemente convincente. ¿Resultará a la hora de darle forma a nuestros programas y asegurar su apoyo?

La sociedad ha definido ampliamente los propósitos culturales de las instituciones a las que servimos. No es práctico, ni útil ni deseable que guiemos

nuestros esfuerzos en nombre de la prosperidad, no hemos de abolir las bibliotecas ni los archivos, sino dedicarlos a cubrir las necesidades del presente a través de su pasado más reciente, más que las necesidades del futuro mediante los compresivos y representativos documentos de la historia de la humanidad. Por supuesto, esto tendrá implicaciones significativas en cómo los bibliotecarios, archivos y museos emplearán sus recursos, cómo dirigirán sus programas y cómo preverán sus más altos propósitos. Sin embargo, no será necesario disminuirlos como instituciones.

En la asamblea de la Sociedad de Archiveros Americanos de 1985, el Dr. Kenneth Foote, del Departamento de Geografía de la Universidad de Texas en Austin, presentó un documento bajo el título de "*Artifacts and Memory in Communication and Culture*"²⁷. Su desconocida perspectiva hizo añicos las suposiciones ya aceptadas de la comunidad archivística, viendo el conocimiento documentado, más concretamente de los documentos escritos, como una fuente modesta, transitoria y frágil de pruebas del pasado, más que como la fuente principal al que las pruebas deben contribuir.

Acostumbrados como estamos a ver los documentos como elementos frágiles y que necesitan ser conservados, los archiveros no estaban preparados para los dos casos de estudio de Foote que sugerían la impermanencia intelectual de la memoria documentada. El primer caso revisaba los esfuerzos de un grupo deliberativo interdisciplinario inusual, la *Human Interferente Task Force* del Departamento de Energía de los Estados Unidos, encargado de desarrollar una serie de medios para informar a la gente que viviese dentro de 10.000 años de la presencia de material radioactivo enterrado por nuestra sociedad. Este grupo de semióticos, lingüistas, historiadores y científicos consideraron todas y cada una de las posibles formas con las que poder comunicar a las generaciones venideras del peligro que acarrea un lugar radioactivo, pero mientras recomendaban una combinación de marcadores y documentos escritos para tal comunicación, todo esto suscitó serias dudas sobre el valor de ambos²⁸. La razón fundamental por la que no podemos diseñar un medio para asegurar las comunicaciones con el futuro es que la historia humana, los lenguajes humanos, las culturas humanas son demasiado reacias al apoyo de unas comunicaciones a tan largo plazo de tiempo. Así las tecnologías electromecánicas

²⁷ FOOTE, Kenneth, *To Remember and Forget: Artifacts and Memory in Communication and Culture*. (Ponencia presentada en el encuentro anual de la Sociedad de Archiveros Americanos en 1985).

²⁸ Batelle Memorial Institute, Human Interference Task Force. *Reducing the Likelihood of Future Human Activities that Could Affect Geologic High-Level Waste Repositories*. Battelle Technical Report BMI/ONBWI-537. Columbus, Ohio, 1984.

que limitan la transmisión de datos en nuestra propia era pueden convertir nuestros mensajes mejor contruidos en ruido. El segundo caso del Dr. Foote se basaba en casos de estudio de cómo las sociedades olvidan a propósito, cómo producen estigmas y eliminan pruebas para borrar el pasado. Examina ejemplos en los que la salud psicológica de una sociedad dependía de su capacidad de olvido, como ocurrió en Salem con los juicios de las brujas. Foote observó que Alemania erradicó todos los partidos Nazis porque, sugiere, son mucho más peligrosos para las actuales sociedades que los campos de concentración dado que se hicieron con el poder mediante mecanismos políticos democráticos, aunque desvirtuados y manipulados. Uno de los efectos del trabajo del Dr. Foote fue hacer mucho más nítida la brevedad del mundo civilizado con respecto a la historia de la humanidad, lo cual, como paleo-biólogos, nos alerta de la brevedad del mundo humano respecto a la historia de la humanidad.

Extraído de *Memory to Written Record* de M.T. Clancy: la Inglaterra de entre 1066 y 1307 no sólo demuestra cuan reciente es nuestra dependencia de los documentos escritos como pruebas y cuan lentamente la cultura ha aceptado el cambio de “mi palabra es la ley”, sino también como la introducción del documento escrito como prueba era una estrategia política que beneficiaba a ciertos grupos a costa de otros. El estudio de Clancy no sólo muestra como hay un mundo al que hemos dejado de lado y que aquel en el que las pruebas escritas se consideran como fundamentales tiene menos de 800 años y ha sido limitado, hasta hace poco tiempo, a una muy pequeña población, sino que también nos proporciona una manera de imaginar la desaparición del documento escrito — un entorno político en el que se beneficia a las clases pudientes para revertir el proceso de la lenta aceptación de las pruebas escritas. Por lo que, la memoria escrita, puede ser simplemente una borrosa recolección, un mito, el hilo conductor en la fábrica de la memoria oral²⁹.

Puede parecer descabellado, pero los componentes tecnológicos que nos hacen dudar de los documentos escritos empiezan a tener sentido, aunque todavía no hayan afectado a nuestro carácter cultural. En los últimos años hemos asistido a la aparición de las fotocopadoras digitales que son capaces de hacer cada una de las copias diferentes del original. La era electrónica nos ha proporcionado “la publicación de bases de datos que cambian constantemente, como los manuscritos de los monjes medievales, ni una sola “copia” se parece entre sí”³⁰. Hoy en día existe

²⁹ CLANCY, M. T., *From Memory to Written Record: England 1066-1307*. Cambridge, 1979.

³⁰ DE SOLLA Poole, Ithiel, *Technologies of Freedom*. Cambridge, 1983.

mucho más analfabetismo entorno a la capacidad de “leer” una marca electrónica y por garantizar individualmente la verdad de las pruebas, que en toda la Edad Media antes de que la firma sustituyese a los sellos y a los testigos. Todos estos componentes electrónicos socavan la legitimidad tanto de la palabra escrita como de la impresa. ¿Por qué es tan difícil imaginar que los desarrollos tecnológicos adicionales reducirán la credibilidad de las pruebas documentales?

Hace trescientos años, a caballo entre el presente y el nacimiento del concepto de que los documentos escritos eran pruebas, Sir Thomas Browne meditó sobre el descubrimiento de unas tumbas antiguas en las que “*la crueldad del olvido esparció ciegamente sus semillas y mercadea con la memoria de los hombres sin hacer distinción de quién merece la perpetuidad*”³¹. Esta aleatoriedad esencial de las pruebas históricas supervivientes es, por supuesto, una de las fuerzas impulsoras de los esfuerzos de los bibliotecarios, archiveros y directores de museos por conservar un documento completo, pero deberíamos preguntarnos si estamos erigiendo dunas de arena para proteger la costa del océano.

Sir Thomas no detuvo su desafío de construir diques evidenciales, pero siguió para destacar que la memoria cultural no debería ser simplemente aleatoria, debería ser sistemáticamente injusta; tal y como lo dice — “las biografías de Herostrato le recuerdan por incendiar el Templo de Diana — dejando casi en el olvido que lo construyó.” Bibliotecarios, archiveros y directores de museos estuvieron enfrentados debido a la verdad de esta segunda observación al tiempo que, durante la pasada década, lucharon por completar sus depósitos con pruebas de mujeres y minorías. Lo que tenemos que entender de esta experiencia no es que nos hayamos vuelto más representativos, pero la ceguera cultural y las repentinas perspicacias culturales están unidas, equitativamente, a la cultura. La verdad no es absoluta, sino que es una realidad contextual. El pasado no es una creación determinada, sino que es una creación cambiante. En la historia no hay leyes que seleccionen las fuerzas de la casualidad — la casualidad es una herramienta intelectual que utilizamos para darle sentido a demasiadas pruebas. Los pasados que hemos construido están en constante discusión con el presente, son las hachas de las batallas intelectuales de nuestro tiempo, no monumentos de alguna realidad predeterminada. Y esto es bueno para nosotros porque si no fuese así, la erudición cubriría cada territorio y no necesitaría regresar jamás, y nosotros, como poseedores de las pruebas culturales

³¹ BROWNE, Sir Thomas. *Hydriotaphia, urn-burial, or A discourse of the sepulchral urns lately found in Norfolk*. (Sir Thomas Browne fue un médico de Norwich). Waltham Saint Lawrence, Berkshire, 1923.

deberíamos estar empobrecidos por tener sólo una monografía para cada época que representa a cada clase de Dewey en nuestras estanterías.

El argumento final contra los documentos completos subyace en nuestra extraordinaria habilidad de conseguirlo sin mediación de la cultura. Podemos construir versiones más satisfactorias del pasado gracias a los fragmentos que poseemos. Los recientes informes de la Escuela de los Annales informan sobre la vida diaria en la Francia medieval, sobre el trabajo, sobre los hábitos alimenticios y las prácticas sexuales de los campesinos y trabajadores, contruidos a través de la exégesis de los textos conservados aleatoriamente más que de los documentos de las encuestas realizadas por las burocracias convenientes (que, por supuesto, no existen), y de los análisis de las cuentas de mercados supervivientes y las estadísticas de la producción más que de los censos completos, son, sin embargo, ricos y convincentes³². Mientras no tengamos todas las respuestas sobre todas las sociedades primitivas, las reconstrucciones arqueológicas del pensamiento del hombre prehistórico gracias a los restos de su vida material y de la semiótica de sus pinturas en las cavernas permanecerán como testimonios para poder darle sentido a otras culturas mediante las pistas que poseemos. Al encuestar la polución de la información que atasca nuestras arterias culturales de hoy, ¿podemos realmente atestiguar que la supervivencia del 1% de los archivos documentados le dará a las generaciones futuras menos entendimiento de nuestras vertiginosas sociedades de lo que lo haría un archivo completo o un archivo seleccionado que refleje las tendencias y limitaciones del conservador cultural capturado en los límites de su propio tiempo?

La obra de ficción *Cántico por Liebowitz* describe una época futura tras la Tercera Guerra Mundial en el que una comunidad de monjes, que habían guardado fragmentos del conocimiento del s. XX, es capaz de convencer a las autoridades para que canonicen a su patrón, E. Liebowitz³³. Como prueba de su actualidad histórica exhiben los archivos documentados: una lista de la compra completa con

³² La Escuela de los Annales integrada por historiadores sociales está representada por un gran número de personas brillantes. Si se desea una obra maestra de investigación reconstructiva sobre la documentación detallada de la vida diaria, *vid. Civilization and Capitalism: 15th 16th Centuries* (3 vols.), de BRAUDEL, Fernand, Sian. New York, 1981.

³³ MILLER Jr, Walter M. *Canticle for Liebowitz*. New York, 1959. Una obra más reciente en la misma línea es el *Motel of the Mysteries*, de MACAULAY, David. Boston, 1979. Ésta interpreta para el lector la documentación visual de una civilización perdida supuestamente tan importante como el Egipto de Tutankamon. El lector experto reconoce los artefactos como restos de la cultura del siglo XX de Motel 6.

pastrami, que descubren en un refugio nuclear. Algunos cientos de años después, con algunos fragmentos más de información, son capaces de construir una lámpara de arco con un generador eléctrico propulsado por el poder de los monjes para iluminar la biblioteca en la que estudian estos valiosos artefactos del pasado y confeccionar con ellos las historias más rocambolescas basadas en su fragmentario conocimiento. Primero, la conservación de la memoria documentada para el futuro, sistemática o no, es una tarea muy arriesgada que, muy probablemente, fallará. Segundo, la documentación del pasado contribuye a nuestro entendimiento del pasado gracias a su continuidad con nuestra propia cultura. Podemos reconstruir las vidas de los campesinos medievales porque comparten muchos de nuestros aspectos culturales (o mejor dicho, nosotros compartimos los suyos ya que de ellos los hemos heredado). Los monjes de Liebowitz no eran capaces de utilizar la información que poseen para reconstruir el siglo veinte, porque el vínculo que los unía fue destruido por completo. El estudio del Departamento de Energía sugiere lo mismo — si mantenemos la continuidad cultural con el futuro, podremos comunicarnos con un alto grado de seguridad, pero un vacío en esa continuidad haría que, probablemente, nuestros descendientes adoraran los lugares radioactivos al mismo tiempo que los evitarían.

Si, como he sugerido, no podemos estar seguros de que la documentación conservada permanezca en el futuro, pues el documento escrito es pasajero y es siempre un reflejo parcial del presente más que de un pasado objetivo y absoluto, si la casualidad nos proporciona un muestreo estadístico razonablemente fiable y si a los historiadores les va bien sin plenitud, ¿qué se puede decir sobre la función de los archiveros, bibliotecarios y directores de museos como guardianes de un exhaustivo registro del pasado? ¿Qué deberíamos decir de esta función en relación con su estrategia profesional?

Los narradores y cronistas hicieron las cuentas y se las pasaron a sus contemporáneos, aquellos más jóvenes que escuchaban lo que contaban quienes estaban cercanos al fin de sus vidas. Estos custodios de la cultura conservaron el pasado mediante su transmisión y reelaboración para el presente, no mediante la conservación de la cosa en sí misma. En este contexto, la autenticación implicaba que un testimonio fuera auténtico para quienes lo escuchaban, no que recibiera una validación abstracta como hecho histórico exacto. ¿Podría ser que los bibliotecarios y los archiveros hayan heredado verdaderamente este papel que encuentra su significado en la sociedad contemporánea y no en el futuro? ¿Hemos cometido un

error táctico al dar más importancia a la supervivencia de la información hasta la posteridad que a la continuidad entre el pasado y el futuro?

La Sociedad de Archiveros Americanos, interesada en la reputación de los archiveros en la sociedad y en los problemas que éstos afrontan a la hora de asegurar su financiación en competencia con las necesidades de los demás colectivos profesionales, contrató hace varios años un estudio sobre la imagen de los archivos entre quienes distribuían los recursos³⁴. Lo que se descubrió suscita serias dudas sobre la conveniencia de basar la orientación de su trabajo en las peticiones de los custodios de la cultura encaminadas a los beneficios de su esfuerzo para el futuro y debiera servirles de lección a los administradores de toda institución cultural. Quienes distribuían los recursos profesaban un gran respeto por la función de los archivos de preservar el pasado en beneficio del futuro, entendían bastante bien lo que hacen los archivos y tenían en alta estima la profesionalidad de los archiveros. Sin embargo, no concedían recursos suficientes a los archivos porque las otras organizaciones con las que estos competían tenían unas necesidades más inmediatas y porque percibían la labor de los archivos como una actividad que requería de menos recursos. Aún pervive, y de forma muy extendida, la imagen de una estantería o un ático bien organizado, imagen rechazada y temida por bibliotecarios, archiveros y directores de museos. Yo sostengo que son nuestras propias acciones las que la fomentan y la alimentan. Cuanto antes admitamos la inutilidad de esforzarnos en acumular una documentación exhaustiva e imparcial para las generaciones futuras, más fácil será argumentar nuestra aportación beneficiosa al presente y competir por los recursos con otros servicios importantes. Si se toman en serio las lecciones del *Cántico por Liebowitz* y del estudio del Departamento de Energía, los distribuidores de recursos tienen razón: no deberían invertir en la conservación sistemática del conocimiento cultural, aunque sólo sea porque puede no salir bien.

A partir de esto, saco la conclusión de que deberíamos replantear nuestras metas. En este proceso, necesitaremos rehacer los medios que hemos estado utilizando en la última década. Creo que es posible conseguirlo tan sólo con un cambio sutil de nuestros fundamentos para tener unos argumentos más fuertes.

Por ejemplo, el Comité para los Documentos del Gobierno, un grupo de

³⁴ LEVY, Sydney J. y ROBLES, Albert G., *The Image of Archivists: Resources Allocator's Perceptions*. Chicago, 1984.

expertos patrocinado por el Consejo Americano de las Sociedades Científicas, el Consejo de Investigación de las Ciencias Sociales, el Consejo para los Recursos Bibliotecarios y otros financiados por las Fundaciones Mellon, Rockefeller y Sloan publicaron recientemente un informe que comenzaba con la queja de que “los Estados Unidos de América están en peligro de perder su legado”³⁵. ¿A alguien le importa? En el informe hay otras amenazas que los políticos sí toman más en serio como la pérdida potencial de inversiones y productividad, los serios daños a los derechos de los ciudadanos y defectos potencialmente críticos a la hora de recuperar información relevante para la toma de decisiones relativas a la seguridad nacional. ¿Estamos tan encerrados en nuestra propia definición que no podemos utilizar las armas a nuestra disposición para atraer más apoyos?

Una reciente evaluación del Smithsonian acerca de las prioridades de toda la Institución a la luz de unos recortes presupuestarios sustanciales se centró en la necesidad de conservar la documentación y propuso restringir el acceso y reducir los esfuerzos de investigación si fuera necesario para asegurar la protección de su legado. La Biblioteca del Congreso tomó recientemente una serie de decisiones similares en respuesta a los recortes presupuestarios de 1986, dispuestos en la Ley Gramm-Rudman-Hollings y, cuando éstos provocaron lo que debiera haber sido una bienvenida muestra de apoyo, pareció que la Biblioteca daba más importancia al futuro que al presente. Creo que es fundamental que los bibliotecarios, los archiveros y los directores de museos demuestren su importancia en la sociedad de nuestros días para señalar la necesidad de sus servicios ahora, no en un futuro indeterminado, y para subrayar la importancia de su función en cuestiones relativas a las necesidades económicas reales y cotidianas, no en la identificación con el futuro y con nuestro legado.

Los documentos son el reflejo de la actividad humana. Como tales, documentan actividad. Sus formas establecen vínculos culturales, sus contenidos, vínculos intelectuales y sus funciones apoyan los vínculos políticos y sociales en relación con las distintas responsabilidades. Las perspectivas que han separado a los bibliotecarios de los directores de museos son que los primeros se centran casi exclusivamente en el contenido de su documentación mientras que a los últimos les preocupa más la forma. Un bibliotecario recuperará una publicación científica según lo que contiene para las personas interesadas en la resistencia de una aleación a las altas temperaturas, mientras que para el director de un museo dicha

³⁵ COMMITTEE ON THE RECORDS OF GOVERNMENT, *Report*. Washington DC, 1985.

publicación es un artefacto que refleja las convenciones e infraestructuras de las discusiones científicas del siglo XX. Los archiveros ocupan un lugar intermedio entre las visiones objetivas y subjetivas y prestan mayor atención a la función que a la forma o al contenido.

En su informe anual de 1969, el Secretario del Smithsonian, Dillon Ripley, afirmó que “la unicidad y el valor del Smithsonian dependen de que consigamos ser un centro de clasificación diferente, un centro en el que la cultura conservada le sea fácilmente accesible a la investigación pertinente”³⁶. Durante este último decenio, me ha inspirado esta visión de “centro de clasificación”, expresada años antes de que las iniciativas de Ripley dieran como resultado la creación de Smithsonian Associates, Smithsonian Magazine, Smithsonian Radio y Televisión y el Servicio de Documentación Turística Smithsonian. Le otorga al depósito cultural un papel cercano a la vida social porque no reconoce fronteras entre biblioteca, archivo y museo en la búsqueda de documentación pertinente para la investigación y reconoce que hay diferentes fuentes válidas para dicha investigación. A esto lo he denominado “visiones de usuarios diferentes” en el diseño de las bases de datos.

La sociedad genera una documentación de su actividad que sirve para distintos fines sociales: como herramientas para el diseño del siguiente edificio o máquina, los documentos son conocimiento aplicable. Para asegurar los derechos de sus miembros o como simples excreciones de la misma actividad, el documento está al servicio de la petición de responsabilidades. Para formar a la juventud, la comunicación del documento está contenida en su forma cultural. En nuestra calidad de intermediarios en el proceso de repartir estos restos portadores de un mensaje, estamos subcontratados por ingenieros y urbanistas, juristas y trabajadores sociales, profesores y periodistas. Para reivindicar un papel social, para reivindicar nuestra parte de recursos, no nos hemos de referir a las necesidades de un futuro indeterminado o a la nostalgia por un pasado inapreciado, sino a las necesidades inmediatas de hoy. Estos son los requisitos de la responsabilidad, del conocimiento aplicable y de la conectividad cultural. Nuestra estrategia debería basarse en organizar y racionalizar el mundo de los depósitos culturales para crear una implosión de información (una concentración de documentación, una clasificación para usar el término de Ripley) de modo que las fuentes de todos los depósitos culturales se concentren como un láser en las necesidades de hoy, quedando en su sitio como en un puzzle, utilizando la energía de sus diferencias de forma conjunta.

³⁶ RIPLEY, Dillon, “Annual Report of the Secretary”, en *Smithsonian Institution Year Book*. Washington DC, 1969.

Si bien la supervivencia e interpretación de la gran cantidad de documentos generados por nuestra sociedad son poco fiables, de forma que el esfuerzo cultural no se puede justificar en función de sus beneficios para el futuro, si bien lo que aprendemos del pasado son sólo las lecciones que reconstruimos para que sean convenientes para nuestro presente, todavía es posible encontrarle significado, propósito y orientación a la vocación de la conservación. Nos emocionamos de verdad cuando nos enteramos de que un quiosco del centro comercial asesora al consumidor de forma especial o cuando oímos que un museo hace que los niños de enseñanza secundaria y sus profesores reconstruyan lugares históricos basándose en la documentación de las excavaciones y en los documentos de los archivos locales. Realmente nos inspiran los vínculos que se formaron cuando el *Austin History Center* abrió un documento expuesto que presentaba un festival que tuvo un significado histórico para los bomberos del pasado y ofreció otro festival para los bomberos de hoy y sus familiares en el que el cuerpo actual graduó a sus cadetes y rindió homenaje a sus jubilados. Tales programas reflejan la vocación de los conservadores de la cultura. El reto es dar sentido a la documentación, no guardarla, entregarla donde se necesite, no almacenarla. Esforcémonos en establecer relaciones comprensibles más que en adquirir colecciones completas o correremos el riesgo de acumular un almacén de conocimiento en putrefacción.

Para empezar este proyecto, necesitamos comprender mejor la naturaleza del mismo documento cultural y su relación con la acción social. Necesitamos explorar su estructura interna y su uso. Necesitamos diseñar sistemas para la recuperación de dichos documentos que faciliten el acceso desde diversas perspectivas y permitan a los usuarios moverse entre distintas aproximaciones al llevar a cabo su búsqueda. Sin embargo, lo que este esfuerzo promete es que cada uno de nosotros puede contribuir, a escala local, desde nuestro puesto, de forma única y con excelentes resultados. Necesitamos desarrollar mecanismos para darnos a conocer, mecanismos que pasen de aceptar a los usuarios a pedirles activamente su participación.

Para encaminarnos hacia este esfuerzo, necesitamos volver a nuestra retórica, acabar con las referencias poco convincentes sobre nuestro papel de conservadores de documentos para la posteridad y sustituirlas con nuestra función de conectar el pasado con el presente. En lugar de vernos como las víctimas de una explosión de información necesitamos potenciar una visión de unos archivos, bibliotecas y museos que se unen para llevar a cabo una implosión de información.